

En fin, la *perseverancia*, virtud sin la que es inútil nuestra paciencia, y es la que sostiene nuestro ánimo para no desistir de la buena empresa comenzada, aunque trabajemos en ella por mucho tiempo. No debemos confundir la perseverancia de que aquí hablamos, con la final, porque esta no es virtud, sino un don gratuito que Dios nos concede para que terminemos nuestra vida en su gracia. Aquí solo tratamos de la perseverancia como una virtud moral, la que nos es absolutamente indispensable para no trabajar sin provecho; pues como hemos asentado, sin ella de nada nos servirá la paciencia.

Es corriente la comparacion que para formar alguna idea del infierno se pone con el fuego que conocemos, diciendo que el mayor que podemos figurarnos, es como pintado respecto de aquel. Esto nos ministra por medio de una cosa sensible, una congetura de la acerbidad de los padecimientos de aquel lugar horrible: nos confundiremos realmente, si nos aplicamos á entrever ó considerar aquellos. Los entendimientos mas sublimes se sorprenden y no aciertan á formar idea de la grandeza de las obras que ha hecho Dios para nuestra reparacion. ¿Cómo concebir á un Dios padeciendo? El que lo vé en el empireo rodeado de ángeles; el que observa que con solo la fuerza de su palabra sacó de la nada cuantos séres nos rodean; el que sabe que ese Sér omnipotente pudo con un acto de su voluntad castigar al hombre delincuente y aniquilarlo, y ve á ese mismo Dios padeciendo á manos de su criatura, no puede penetrar cómo ha podido ser esto. La grandeza de la obra lo confunde; y aunque conoce que en ella hay una cosa sublime y extraordinaria, no puede percibirla. Pues bien: así como Dios quiso echar el resto de su poder en la redencion, así quiere echarlo en la venganza de sus injurias. Tanto quanto fué humilde y abatido en la cruz, tanto ha de ser severo en castigar á los que no se supieron aprovechar de ella. ¿Cuáles serán los castigos de un Dios que quiere ostentar su poder en castigar? No alcanza nuestro entendimiento á acercarse siquiera á la verdadera idea de ellos. Mas aunque fueran esos padecimientos muy ligeros, bastaba para hacerlos enormes su duracion. Han de durar por toda la eternidad, y esa sola circunstancia los hace insupportables. Pues aun hay mas: esos padecimientos pueden considerarse como morales. El primero es carecer de la vista de Dios. Hemos observado en las vidas de los Santos, que en sus mayores tormentos recibian cierto

placer, que parece los hacia insensibles á aquellos. ¿De qué provenia esto? De que la consideracion de padecer por Dios, y la esperanza de gozarlo, les hacia no solo sufribles sus martirios, sino que hallasen complacencia en ellos. Si á los condenados se concediese la esperanza de que despues de millares de millares de años habian de ver á Dios, desde ese instante serian felices aun en medio de sus tormentos. Para comprender el insufrible martirio que es carecer de la vista de Dios, es necesario que sepamos que desprendida el alma del cuerpo tiene una propension irresistible á unirse con Dios como á su centro; estado y situacion á que la inclina su misma naturaleza. ¿Cuál será, pues, el tormento del alma, al verse privada de esta union? ¿Cuál será el estado intolerable de violencia en que se hallará no pudiendo verificarla? ¡Ah! qué situacion tan miserable! ¡Qué desesperacion tan inconcebible! El gusano roedor de la conciencia, la hará entonces sentir toda su accion. Se le presentarán á la memoria todos los auxilios que le dió Dios, todas las oportunidades que despreció, y los propósitos que muchas veces hizo y que no los cumplió.—¡Oh idea terrible! Católicos; ahora es el tiempo en que podemos cumplir nuestros propósitos, y continuar una vida que nos haga merecedores de la bienaventuranza, y no de la cárcel tenebrosa del infierno en que no podemos pensar sin horrorizarnos.

—•••••

DIA TREINTA.

San Sabino, obispo y mártir.

Sabino era obispo de Asís, en Umbría, cuando el pueblo romano, excitado por el edicto de persecucion de los emperadores Diocleciano y Maximiano pidió tumultuariamente que se extinguiese el nombre cristiano. A mas de las persecuciones que se hicieron de parte de Maximiano, el senado dió un decreto en 22 de Abril del año 303, ordenando que los que fuesen reconocidos por cristianos se pusiesen en poder del prefecto, ó de los jueces de los lugares, para que éstos los obligasen á renunciar su religion y sacrificar á los dioses. En consecuencia de este decreto del senado, el emperador dirigió un rescripto el dia último del mes, al gobernador de Toscana, ordenando penas corporales ó confiscacion de bienes contra los que rehusasen ejecutarlo.

En virtud de estos poderes fué aprisionado San Sabino en el mes de Mayo en la ciudad de Asís, con Marcelo y Exuperancio, sus diáconos, y otros muchos eclesiásticos; y por orden de Venustiano, gobernador de Toscana y Umbría, se les encerró en las cárceles de Asís, hasta que fuese él mismo á la ciudad. Llegó en efecto, y habiéndolos mandado traer á su presencia, interrogó al obispo Sabino, y quiso obligarlo á que incensase una estatua de Júpiter, que habia mandado colocar ante su tribunal. El Santo, despues de haber manifestado generosamente su disposicion de permanecer fiel á Jesucristo, rechazó al ídolo con la mano; y el gobernador, irritado de esta accion, que calificó de atrevimiento, y que exageró como una grande impiedad, mandó que se le cortasen las manos. En seguida ordenó que Marcelo y Exuperancio fuesen puestos en un caballete, donde los hizo azotar y apalear por largo tiempo. Viéndolos firmes en sus generosas resoluciones, ordenó que se les desgarrasen las espaldas y los costados con uñas de hierro. Los ilustres confesores espiraron en los tormentos, y sus cuerpos fueron arrojados en el rio, de donde los sacó y les dió sepultura un piadoso sacerdote.

El juicio de nuestro Santo obispo se defirió para otro tiempo, y el juez mandó que entretanto quedase encerrado en una prision, donde una viuda llamada Serena, que vivia en la ciudad, lo iba á asistir con frecuencia. Esta piadosa señora tenia un nieto llamado Priciano, que era ciego, y confiando en las oraciones de nuestro Santo, le pidió que se interesase con el cielo por su salud. Sabino, admirando la fé de esta muger, y movido de sus súplicas, tocó con los brazos los ojos de Priciano, y le restituyó la vista en nombre de Jesucristo. El ruido de este milagro llegó hasta los oidos de Venustiano, quien quedó en extremo conmovido; y como padecia un mal de ojos que lo atormentaba mucho, mandó llamar al Santo obispo; y descubriéndole la mudanza que se habia obrado en su corazon, se postró ante él y le pidió los remedios necesarios para la curacion de su cuerpo y de su alma. Su peticion era sincera, y no pudo menos de alcanzar fácilmente ambas gracias de la caridad de Sabino. Despues de algunas instrucciones recibió el bautismo, y desde este momento quedó completamente sano de los ojos. Su muger y sus hijos fueron tambien bautizados; y su conversion causó la de otras catorce ó quince personas.

Quando el emperador Maximiano Herculio llegó á saber el

cambio de Venustiano, se irritó de tal suerte, que envió al punto á un tribuno llamado Lucio, con orden de cortarle la cabeza, y de tratar del mismo modo á su muger y á sus hijos. Lucio partió luego para Asís; y despues de haber ejecutado esta órden, fué á Espoleto, á donde hizo conducir á San Sabino; y sea que hubiese sido hecho gobernador del pais en lugar de Venustiano, ó que hubiese recibido una comision especial del emperador, lo cierto es que en aquella ciudad procesó al Santo obispo é hizo varias tentativas para hacerlo abjurar su religion; mas viendo que todas eran inútiles, mandó azotarlo sin medida. Esto se ejecutó con tanta crueldad, que el Santo perdió la vida en el tormento, y voló en él á la eterna bienaventuranza. La viuda Serena, que lo habia seguido de Asís á Espoleto, cuidó de darle sepultura cerca de esta última ciudad, lo que se verificó en 7 de Diciembre, que es el dia en que está designada esta fiesta en el Martirologio de Raban y en algunos de los de San Gerónimo. Sin embargo, desde el siglo nono se ha celebrado la misma en 30 de Diciembre.

La Epístola es del capítulo X de la del Apóstol San Pablo á los romanos.

Hermanos: El deseo de mi corazon, y la oracion que yo hago á Dios es para la salud de ellos. Porque yo les confieso, y me consta que tienen celo en las cosas de Dios; pero no es un celo segun la ciencia. Porque no conociendo la justicia de Dios, y esforzándose á establecer la suya propia, no se han sujetado á Dios para recibir de él esta justicia. Siendo así que el fin de la ley es Cristo, para justificar á todos los que creen en él.

El Evangelio es del capítulo XIV de San Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas: Si alguno de los que me sigue no aborrece á su padre y madre, á su muger y á sus hijos, á sus hermanos y hermanas, y aun su vida misma, no puede ser mi discípulo. Y el que no carga con su cruz y me sigue, tampoco puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros queriendo edificar una torre, no hace primero despacio sus cuentas, para ver si tiene el caudal necesario con que acabarla? No le suceda que despues de haber echado los cimientos, no pudiendo concluir, todos los que lo vean comiencen á burlarse de él, diciendo: Ved ahí un hombre que comenzó á edificar, y no ha podido aca-

bar. O ¿cuál es el rey que habiendo de hacer la guerra á otro rey, no medita ántes con sosiego si podrá con diez mil hombres hacer frente al que con veinte mil viene contra él? Que si no puede, despachando una embajada, cuando está el otro todavía lejos, le ruega con la paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

MEDITACION.

Sobre el fin de nuestra vida representado en el fin de un año.

Considera que en todas las disposiciones de Dios resplandecen su bondad y su sabiduría; pero muy especialmente en la conducta que observa, por decirlo así, respecto del hombre moral, esto es, en las relaciones que decimos á Dios en el orden moral. En él se nos presenta como lo primero y mas radical, la soberanía de Dios sobre nosotros, y el vasallage nuestro para con su Magestad. Esta soberanía de Dios, como que es esencial á su Magestad, aparece en todo universalmente, porque no hay cosa que esté ni pueda estar fuera de su dominio; y por consecuencia de esto se deja ver tambien en todo y por todo nuestra dependencia, nuestra indigencia, nuestra servidumbre, nuestro vasallage respecto de Dios. Mas como su Magestad con su sabiduría infinita lo alcanza y penetra todo, conoce que el hombre, llevado de su soberbia, ha de desconocer la soberanía de su Dios, si no en lo especulativo por un error de su mente, si en lo práctico por la perversidad de su corazon; y para contenerlo en sus principios, se ha reservado un medio poderoso con que intimar al hombre su pequeñez y su nada, y con que vindicar los derechos de soberanía divina. ¿Y cuál es este medio tan poderoso? ¡Ah! mal podremos dudarlo: la muerte, la muerte es este gran signo del supremo dominio de Dios sobre nosotros, y de nuestra humillacion y abatimiento. Bien pueden los hombres vanos y soberbios fabricar en su fantasía la soberbia torre de Babel; bien pueden pensar en formar de las nubes su real asiento, y hacerse semejantes al Altísimo; bien pueden por lo menos trabajar en establecer su fortuna, y afianzarla para siglos enteros; que si el Señor no quiere confundirlos ántes por algun castigo ó algun hecho asombroso, vendrá al fin rigiendo á la espantosa muerte, y caerán bajo su guadaña los altivos proyectos, las empre-

sas ruidosas, las vanas esperanzas con la vida y existencia del mísero mortal que los fraguaba.

Considera que esta misma Providencia sábia y discreta del Señor, ha ordenado la revolucion periódica de nuestro globo al rededor del sol, y por ella la cuenta de cierto número de dias que componen el año, con el fin de que la terminacion de éste sea un recuerdo saludable de la muerte que ha de cortar el hilo de nuestros dias sobre la tierra. En efecto, corren unos tras otros los dias de este periodo; las estaciones se suceden unas á otras; apenas comienzan cuando desaparecen; nuestra posicion respecto del sol, vuelve á ser la misma que tuvimos al comenzar el año; éste ha corrido con la rapidez de las aguas de un rio, ó con la velocidad del impetuoso viento; el año se ha pasado, y al dar fin á su curso, nos presenta una imágen triste y funesta del fin de nuestra vida. ¡Ah! ¿Dónde está la hermosa primavera de nuestros tiernos y juveniles años? ¿Dónde el ardiente estio de nuestra edad lozana? ¿Qué se han hecho los ricos y abundosos frutos que sazónó la madurez de juicio en nuestra edad perfecta? ¿Adónde se ha ido aún la decrepitud de nuestro invierno en la postrera edad? Todo finó, todo ha desaparecido, y vuelta en humo y viento nuestra mortal carrera, solo nos resta la lobreguez y el silencio de la tumba. Tal es el fin de nuestra vida, y tal la imágen que de él nos representa la conclusion de un año. ¡Ah, que nadie lo duda; pero qué pocos saben aprovecharse de esta leccion importantísima!

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Oh, no sea yo, Señor, del número de aquellos que viven sin reflexion y sin aprovechamiento de lo que puede y debe traerles el logro de su eterna salud. Mucha ha sido mi indolencia, mucha la indiferencia con que he visto correr los años de mi vida, sin proveerme en ellos de lo que únicamente me interesa para mi salvacion; mas ya quiero que cese demencia tan fatal; quiero y propongo la enmienda de mi vida, y os pido humildemente la gracia necesaria para llevar al cabo mi propósito, y acertar con mi fin.

JACULATORIA.

Tenme, Señor, paciencia, y yo te pagaré cuanto te debo.

LECCION.

Templanza y gloria.

La templanza rige los apetitos del hombre segun el orden de las leyes divinas y humanas, y refrena las pasiones y aficciones del ánimo cuando convidan y atraen contra la razon, principalmente acerca del gusto y del tacto. Los vicios que se oponen á ella son la destemplanza y la estupidez de los sentidos. La primera nos inclina á apetecer los goces corporales, con particularidad en aquellos dos sentidos. La segunda nos hace insensibles á los placeres lícitos y honestos, y aun repelerlos cuando nos son necesarios para la conservacion de nuestra vida. Las partes principales son la *vergüenza y la honestidad*: aquella es el temor de la torpeza y del vituperio, que nos origina una accion indebida: esta es una virtud que retrae al hombre de todo lo que es torpe. Mas entendamos bien lo que es vergüenza. En rigor no es una virtud, sino una disposicion para ella, porque algunas veces nos retrae el temor, no de la torpeza de la misma accion, sino del concepto que de ella tienen los hombres; de suerte que si la accion que quisiéramos cometer no les fastidiara, la cometeriamos. Es preciso, pues, que nuestra vergüenza nos aparte del mal por la torpeza del mismo mal; porque lo cometemos delante de Dios aunque no haya testigos entre los hombres: que por los mismos principios aborrezcamos todo lo que puede manchar nuestra alma, aun cuando la mancha sea reputada por un adorno en el mundo.

Las virtudes anexas á la templanza son: *continencia*, por la que nos abstenemos enteramente de todo deleite torpe. *Clemencia*, virtud que inclina al superior á mitigar la pena cuanto permite la razon atendiendo á las circunstancias, y á esta virtud se opone la crueldad y la demasiada indulgencia. *Mansedumbre*, virtud que modera la ira. Su recomendacion no la hacemos nosotros, sino el mismo Jesucristo que se nos propuso por modelo de mansedumbre, cuando nos dijo: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazon*. Esta virtud nos es tan necesaria como la de la paciencia, porque no hay vez en que tengamos que ejercitar ésta, que no tengamos tambien que combatir contra la ira; y la experiencia nos enseña que esta pasion muchas ocasiones nos frustra los buenos resultados de nuestra paciencia. De consiguiente debe-

rémos esforzarnos á ser mansos; y para este fin auxiliémonos de otras dos virtudes anexas á la templanza que son: *modestia y humildad*. La modestia nos obliga á dominar los movimientos interiores de nuestra alma, para no ofender con los exteriores á nadie. La humildad nos hace conocer realmente lo que somos delante de Dios, y lo que fuéramos si su gracia no nos ayudara, y por lo mismo no procurar sobreponernos á otros, ni reputarnos por mejores que ellos. Claramente se ve que por la humildad nos dirigimos á la modestia, porque, ¿cómo ha de ofender á otra persona el que se tiene por peor que todas, y cree que es digno del desprecio de todas ellas? En esta disposicion serán muy débiles los ataques de la ira; y cuando se presenten sabremos moderarla: entonces la paciencia no encontrará obstáculos, y en el carro de esta virtud marcharemos seguros á la gloria.

La dificultad que tenemos de concebir lo que es la gloria, cuando por la fé sabemos que sus bienes son inexplicables, hace que jamas podamos llegar á comprenderlos. San Gregorio nos dice: "Cuando el hombre discurrre acerca de la eternidad, es lo mismo que si un ciego de nacimiento discurriera acerca de la luz." Mas para formar alguna idea de la gloria y su grandeza, consideremos que aquel lugar lo ha destinado Dios para hacer ostencion de su magnificencia. Vemos este mundo, y cada dia lo admiramos mas; pues hé aquí que todo él fué hecho para las criaturas: ¿cuál será la casa de Dios? Observemos en una de las cosas que están á nuestra vista algun vislumbre de lo que aquella puede ser. Todas las noches vemos al cielo; su aspecto para la gente ignorante siempre es el mismo, porque no observa las diversas posiciones de los astros. Sin embargo, ¿quién es el que ha dicho: Ya me fastidia ver el cielo todas las noches? Nadie: siempre nos sorprende, siempre nos recrea, siempre nos gusta. Los palacios dorados nos fastidian, y vamos á habitar debajo de las chozas y las humildes cabañas; pero la vista de ese espacio inmenso, sembrado de brillantes astros, jamas nos empalaga. ¿Qué será habitar mas arriba de lo que vemos allá donde el Altísimo tiene colocado su trono, en donde luego que nos presentemos seremos inundados de todos los bienes, sin mezcla del menor mal? ¿Qué sorpresa tan agradable será la nuestra al recibir una impresion semejante, satisfechos nuestros deseos, pues como nos dice el propio San Gregorio: "En el mundo muchas cosas vemos que no poseemos; mas en la gloria, lo mismo es ver

que poseer. Allí estaremos gozando de la compañía de Jesucristo, de María Santísima, de los ángeles y de los Santos.

¿Cómo despues de considerar estos bienes inmensos, inconcebibles, eternos, tenemos aliento para volver nuestros ojos á los caducos y limitados que nos ofrecen el mundo, el demonio y la carne? Aun cuando aquellos fueran iguales á éstos, aun cuando fueran menores, la sola calidad de eternos, debia hacernos apetecibles y preferibles á los del mundo. ¿Qué mejor empleada puede ser nuestra templanza, que absteniéndonos de éstos por disfrutar de aquellos? Escoria, basura, inmundicia serán todos los bienes terrenos para el católico que espera los celestiales. Tengamos siempre á la vista de nuestra alma la gloria, y no nos harán la menor impresion cuantas delicias pueda figurarnos nuestro entendimiento acá en la tierra. Digamos continuamente con San Agustín: "O tú vida bienaventurada que preparó Dios á los que lo aman! Vida que da vida, vida feliz, vida segura, vida tranquila, vida hermosa, vida pura, vida casta, vida santa, vida que no conoce muerte, que no sabe lo que es tristeza, vida sin trabajo, sin dolor, sin ansiedad, sin corrupcion, sin perturbacion, sin variedad, sin mutacion; vida llena de magnificencia y dignidad, donde no hay enemigos, no hay pecados, donde el amor es perfecto, el temor ninguno, el dia eterno, y un solo el espíritu que á todos anima; donde se ve á Dios cara á cara, y con este alimento se sustenta el alma. . . . ¡O vida felicísima! ¡O reino bienaventurado que carece de ruina, no tiene fin, en que el tiempo no se cuenta por siglos, en que un continuo dia jamas se acaba, en que el soldado valeroso de Jesucristo entona entre los coros de los ángeles los cánticos de Sion, ceñida su noble cabeza con una inmarcesible corona!" Dios nuestro Señor por su misericordia infinita, nos conceda gozar de tanto bien.

DIA TREINTA Y UNO.

San Silvestre, papa.

San Silvestre nació en Roma en el siglo tercero, y fué hijo de Rufino y Justa, cristianos de mucha virtud y de familias de la antigua nobleza romana. Educaron á Silvestre en su niñez, enseñándole las máximas del Evangelio; pero luego que entró en mas

edad, lo encomendaron al cuidado de Carino, sacerdote ejemplar y muy instruido, para que perfeccionase sus ideas y ampliara sus conocimientos. El discípulo tenia talento y una suma docilidad para escuchar con agrado las lecciones de su virtuoso maestro, y en poco tiempo hizo grandes progresos en la virtud y en la ciencia.

Cuando Silvestre llegó á la edad de treinta años, se incorporó en el clero de Roma, y fué ordenado de sacerdote por el papa Marcelino. En este tiempo fué la cruel persecucion de los emperadores Diocleciano y Maximiano, en la que no cesó nuestro Santo de animar y fortalecer á los cristianos, y de socorrerlos segun lo permitian las circunstancias; pero sin embargo de estos hechos que no se pudieron ocultar á los tiranos, nada intentaron contra su vida, porque Dios lo tenia reservado para que floreciera en tiempos mas serenos.

Despues del triunfo que Constantino consiguió en la derrota del cruel Maxencio, quedó vacante la silla pontificia por muerte del papa Melquiades, que sucedió el año de 314, y en su lugar fué nombrado Silvestre. Este ántes de ser pontífice, ya habia impugnado vigorosamente la secta de los donatistas; y en el primer año de su pontificado, nombró cuatro legados, dos presbíteros y dos diáconos, para que presidiesen en su nombre el concilio que la Iglesia Occidental celebró en Arlés, en que fué condenada aquella herejía. En este sínodo tambien se condenó la de los Cuatordecimanos y se dictaron muchos cánones para el arreglo de la disciplina eclesiástica. Algunos escritores creen que presidió el gran concilio Niceno, convocado contra los arrianos; pero otros aseguran que su avanzada edad no le permitió concurrir á esta asamblea, y que mandó á sus legados para que presidieran en su nombre, confirmando él despues los cánones que aquí se formaron. Tambien se refiere que hallándose el emperador Constantino cubierto de una lepra, al juicio de los médicos incurable, si no se daba un baño con la sangre de niños, á cuyo medicamento se resistió porque le causaba horror, tuvo una revelacion en la que se le presentaron dos ancianos, manifestándole que el pontífice Silvestre lo lavaria con un baño que lo dejaria sano en el cuerpo y en el alma. Entonces el emperador mandó traer á nuestro Santo, y éste lo regeneró con las aguas del bautismo, y quedó sano de su enfermedad, proponiéndose desde entonces proteger con mas empeño la religion católica. Así es que al abrigo de este grande em-